

Supergómez ataca de nuevo

CARLOS PACHECO

Quienes tenían la desgracia de toparse con él y reconocerlo, morían instantáneamente del susto. Había resucitado misteriosamente y con su sola presencia conmovía a la nación que un año antes había asistido —incrédula aún— a sus exequias. Quince días fueron suficientes para que la sola noticia de su inexplicable retorno produjera una inmediata disminución de los atracos y hechos de sangre, de las borracheras, los pleitos y las huelgas, y hasta la extirpación de una conjura contra el gobierno que le había sucedido en el poder. El país, que con la ausencia de su autoridad y firmeza había degenerado hacia un caos incontenible, regresaba ahora al orden, la paz y el trabajo. Satisfecho con la efectividad de su breve visita de ultratumba, desaparece como un Cristo que —una vez cumplida su misión pentecostal— ascendiera a los cielos en cuerpo y alma.

Esta es la trama de una curiosa y poco conocida novela corta publicada en 1937 y bajo el seudónimo de Gil Mirres por Ramón David León (1), director del diario oficialista *La Esfera* y uno de los más connotados apologetas de Juan Vicente Gómez (1857-1935) y de su régimen (1908-1935) (2). Esta obrita, decididamente progomecista y cargada hasta el máximo de ironía contra los detractores del dictador andino, significa una de las primeras tomas de posición —desde la literatura— en el debate sobre la significación histórica de Gómez y su período de gobierno (3).

La resurrección del tirano, situación narrativa que da pie a este relato de ficción, parecía una realidad en esos primeros años después de su fallecimiento. La sombra de quien de una manera inin-

terruptida había estado aferrado a las riendas del poder durante veintiséis años, en un período crucial para el desarrollo de Venezuela, seguía tutelando —misteriosa, ominosamente— la evolución política y social del país. Seguía vivo en el nostálgico o maldiciente recuerdo popular y en el público enfrentamiento de sus detractores y críticos contra los ángeles guardianes de su memoria como "Benemérito" de la patria.

En la década de los setenta, y especialmente durante los últimos seis o siete años, hemos presenciado un rebrote de interés —en muy diversos tonos, a través de muy diversos medios, desde posiciones ideológicas no menos diversas— hacia la figura de Gómez y hacia su interpretación histórica y política. Así, cuarenta años después de su fallecimiento y en forma creciente en el último lustro, el tema de Gómez y el gomecismo resucita de nuevo y se planta sobre el tapete de la actualidad venezolana.

1. Aunque nuestro personaje fue siempre un material atractivo para los narradores venezolanos (4), es durante este último período cuando se produce una mayor cantidad de novelas, biografías noveladas y otras obras narrativas que lo eligen como centro referencial. Habría que citar entre estas obras, *Bajo la tiranía* (1970), de Cecilia Pimentel (5); *Tiempo de compadres* (1972), de Francisco Salazar Martínez (6); *De la Rotunda a la Calle Larga* (1974), de Vicente Ibarra (7); *Gómez, el amo del poder* (1975) y *Junto al lecho del caudillo* (1981), de Domingo Alberto Rangel (8); *En la casa del pez que escupe el agua* (1975), de Francisco Herrera Luque (9); *El brujo de la Mulera* (1976), de Ramón David León; *Oficio de difuntos* (1976), de Arturo Uslar-Pietri (10); *Gómez o los que se fueron* (1977), de Alecia Marciano (11); *El gran capagatos* (1979), del colombiano Mario Perico Ramírez (12) y *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez* (1979), de Ramón J. Velásquez (13).

Paralelamente a este auge literario, se produce también en el período la reedición de varias obras de diverso género que se refieren al mismo tema (14) y se observa un creciente interés en él por parte de los historiadores y politólogos

(15).

Este boom bibliográfico viene aparejado a la utilización (y explotación) del personaje y su época por virtualmente todos los medios de comunicación masiva.

La cinta documental *Gómez y su época*, de Manuel de Pedro, estrenada en 1975, fue una de las manifestaciones iniciales de este movimiento de interés hacia la figura del dictador. La novela *Fiebre*, de Miguel Otero Silva, además de reeditada, es llevada tanto al cine (Juan Santana, 1976), como al montaje teatral (Grupo Rajatabla, 1976).

Por otra parte, durante los meses finales de 1980, la figura de Juan Vicente Gómez invadió la pantalla chica de la televisión venezolana. El guión del conocido dramaturgo José Ignacio Cabrujas y la excelente actuación en el primer papel de Rafael Briceño se aunaron para lograr una exitosa serie de tipo narrativo. El título, *GOMEZ* simplemente, es como un reconocimiento al magnetismo, a la autosuficiencia explicativa, que estas dos sílabas habían adquirido para ese momento entre el público venezolano. Aunque ha habido otros programas y series sobre la época gomecista, me refiero a ésta en especial, porque es la que muestra al personaje tan odiado y tan temido, en una forma directa y sin escamoteos. Ese Gómez, tan admirablemente personificado por Briceño, está así corriendo el riesgo —como el mismo actor ha reconocido— de acercarse demasiado a la imagen del abuelo simpático y gracioso, imitado jocosamente por la teleaudiencia, lo cual iría en contra del pretendido propósito pedagógico antidictatorial de la serie (16). El éxito alcanzado por la producción (centrada referencialmente en los hechos que rodearon el asesinato de Juancho Gómez, gobernador de Caracas y hermano del dictador, en 1923) condujo a la realización de una segunda parte: *GOMEZ II*, que salió al aire durante el primer semestre de 1981 y que se refiere a los últimos meses del dictador y la dictadura en 1935. Esta exitosa presencia de Gómez en la televisión constituye al mismo tiempo una muestra del gran interés existente hacia el personaje y un definitivo factor en la popularización del de-

* Este trabajo se origina en un artículo más largo titulado "La palabra y el poder: contradicciones de la palabra sometida en *Oficio de difuntos*, de Arturo Uslar-Pietri", que será publicado próximamente en la *Revista de Crítica Literaria latinoamericana* (Lima). Ambos trabajos se producen en el marco de las investigaciones sobre la narrativa de la dictadura en la literatura venezolana e hispanoamericana que realizo respectivamente para la Universidad Simón Bolívar y el Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos".



bate sobre Gómez y el gomecismo.

En cuanto a la actividad plástica, me parecen muy significativos los dibujos y pinturas de Nelson Moctezuma, recientemente exhibidos en galerías caraqueñas (una de las muestras llevaba como título "Gómez vivito y coleando") y que han servido como ilustración a varios artículos en la prensa. A medio camino entre la caricatura y el retrato, el artista nos entrega una cabeza pícara, sonriente o meditabunda del bigotudo dictador andino, pero injertada en el cuerpo desafiante de Supermán, de un saltarín prestidigitador o de un imponente ídolo popular contemporáneo del tipo Elvis Presley. Con una gran dosis de humorismo y de ironía, Moctezuma muestra así la sobrevivencia, popularidad y potencia del mito de Gómez.

En las revistas de circulación masiva, que por su propia índole deben detectar aquellos temas que más atraigan la atención de sus lectores potenciales, Gómez comparte los honores de la portada con las vedettes y los políticos de actualidad (17).

Finalmente, está presente Gómez con suma frecuencia en la prensa diaria, verdadero epicentro del debate entre las posiciones más extremas en torno a su significación histórica y política (18).

2. Cabe preguntarse, por supuesto, por las razones de esta resurrección del interés hacia una figura del pasado, hacia un período concreto de nuestra historia. ¿Por qué esa insistente mirada hacia Gómez y su época?

Obviamente, cada una de las manifestaciones de interés hacia el tema en el campo del arte, de la comunicación social o de la investigación académica con-

lleva una interpretación y una implícita o explícita evaluación del hombre y su obra, que otorgan a este "fenómeno Gómez" un carácter de juicio popular abier-

to. Del ámbito más reducido de las investigaciones académicas, pasa —a través de la literatura y sobre todo de los medios de comunicación masiva— a ser objeto del comentario y la discusión populares. Parece claro hoy que el personaje y su época tienen un poder de apelación notable sobre el público venezolano. El sentido de este poder, su explicación, sólo podría revelarse mostrando los nexos que vinculan ese personaje y ese período histórico con nuestro agitado y angustiado presente. Para ello convendría, en primer lugar, revisar la noción tradicionalmente aceptada de **referencialidad**.

Suele pensarse que el referente de una novela de tema histórico es —simple y directamente— un objeto sensible (un personaje, un acontecimiento, una situación reales) del pasado aludido o evocado de una manera más o menos explícita por el texto de ficción. Bajo esta concepción "ingenua" de la referencialidad, se pensaría entonces que el referente principal de obras como **Oficio de difuntos**, de Uslar-Pietri, **Junto al lecho del caudillo**, de Rangel o de la teleserie **GÓMEZ II**, vendría siendo ese dictador llamado Juan Vicente Gómez que en diciembre de 1935 asombraba con su muerte a una Venezuela que parecía haberle concedido la prebenda de la inmortalidad.

Las elaboraciones teóricas de Umberto Eco (19) y Louis Althusser (20), lúcidamente analizadas y puestas en relación por Thomas E. Lewis (21) nos permiten hoy concebir el referente de una obra narrativa no como un objeto real delimitado, corpóreo, invariable, externo y preexistente al relato, con el cual ese relato puede ser comparado; sino más bien como una "imagen cultural-ideológica" compleja y cambiante. Una imagen que es conformada, transformada y deformada por múlti-

ples discursos que al mismo tiempo nos distancian de y nos relacionan con el objeto original de referencialidad, de cuyo inaccesible en forma directa.

En el caso de Gómez, estos discursos serían, entre otros: la crecida "tradición oral" de chistes, anécdotas, refranes y cuentos surgidos de la experiencia directa y transmitidos a las nuevas generaciones; el corpus documental del gomecismo; el grueso conjunto de narraciones e interpretaciones biográficas, históricas y periodísticas; la multitud de fotografías, grabados, caricaturas, retratos e imágenes cinematográficas y audiovisuales en general; y, finalmente, el numeroso grupo de obras literarias (oratoria, loas en verso, denuncias panfletarias, humorismo, cuento, novela, teatro, testimonio, memorias, reportajes literarios, etc.) centradas temáticamente en el dictador andino.

El referente de las obras de creación que hemos mencionado viene a ser entonces la "formación" cultural (o imagen colectiva) resultante de ese abigarrado tejido de discursos. En el proceso de producción del texto novelesco, esa "formación" opera como "materia prima" (stuff) procesada, transformada y elaborada por el creador. Ya producido, este texto se convierte a su vez en una nueva interpretación, en una nueva elaboración que altera o remoldea una vez más esa "imagen cultural ideológica" siempre inacabada, siempre en formación, del personaje histórico.

Es en esa forma como el discurso novelesco, televisivo o plástico se inserta en el presente nuestro. Aunque aluda a una realidad del pasado, significa de hecho una nueva **lectura** de ese pasado que nos habla sobre el presente. En ocasiones, de una manera muy elocuente.

3. No puede, por tanto, tomarse como casual, indiferente o circunstancial el hecho de que durante la pasada década y lo que va de la actual se produzca esa proliferación de obras de vario tipo sobre un mismo tema.

Por supuesto, podría atribuirse el "fenómeno Gómez" a las características especiales del personaje y del período. Ya hemos mencionado la importancia histórica fundamental del gomecismo como período en que se realiza la transición de la Venezuela rural, de economía agrícola, dominada por el caudillismo desafortado y compuesta por regiones aisladas, en 1908, al país de 1935, caracterizado por una economía petrolera emergente, mejor comunicado y enfrentado —como conjunto nacional— a alternativas políticas modernas.

Podría también mencionarse como factor explicativo el carácter "novelístico" de la biografía de Gómez, la singularidad de su evolución personal, su ascenso vertiginoso de dueño de hacienda de café a dueño del país, su personalidad reservada, astuta, cruel, y en general, la riqueza anecdótica de su vida, que la convierten en "materia prima" privilegiada para obras narrativas de diversos géneros.

Por último, podría vincularse el "fenómeno Gómez" a esa especie de "micro-boom" de la narrativa de tema dictatorial que tuvo lugar en la literatura hispanoamericana durante los años setenta (22).

Sin ignorar el relativo valor que pueda tener cada una de esas hipótesis explicativas, pienso que no alcanzan por sí solas a interpretar las causas del auge del tema gomecista en la pasada década. Parece necesario, por tanto, buscar otras explicaciones en la situación que vive el país.

En los últimos veinte años (período que por cierto coincide en su mayor parte con el de nuestra democracia, después del derrocamiento de Pérez Jiménez), nuestro país ha sufrido una profunda transformación. El aumento súbito y vertiginoso de los ingresos fiscales provenientes de la comercialización del petróleo ha sido en gran medida responsable de ese vuelco. Con el auge económico de los últimos cuatro lustros, el país ha cambiado bruscamente y la vida del venezolano se ha visto hondamente afectada. El venezolano medio aparece hoy como un ser confuso y confundido, extranjero en su propia patria, separado violentamente de sus costumbres y tradiciones, desgarrado entre una contemporaneidad que se le impuso de pronto y un pasado cronológicamente cercano del cual, sin embargo, se encuentra culturalmente amputado.

En esta situación resulta comprensible que las últimas generaciones, precisamente las que se encuentran más magnetizadas por los símbolos cosmopolitas de la contemporaneidad (de las tarjetas de crédito al video-cassette, pasando por el viaje de compras a Miami), sean las que al mismo tiempo y tal vez de manera inconsciente, añoran la sencillez, la ruralidad, la relación directa con la naturaleza que saben presente en un pasado no muy lejano, el pasado de sus abuelos. Son principalmente estos grupos los que, sin una experiencia adulta y directa de un régimen dictatorial, pueden abrir los brazos a la figura de Gómez como añorando abuelo-mítico del país. Un

abuelo algo arbitrario e inflexible, pero sano y recto; un patriarca familiar algo severo, pero sabio y bueno, que representa esa seguridad (axiológica, pero también ciudadana) perdida y esa relación directa, consubstanciada, sin intermediarios, con el mundo natural que muchos de ellos buscan inútilmente en los numerosos clubes campestres que han proliferado en las afueras de Caracas y otras ciudades venezolanas.

Otro factor que puede contribuir a la explicación del fenómeno es el creciente descontento —palpable en todas las esferas de la vida nacional— con el modo como el sistema democrático está siendo aplicado en el país. Los apelativos de "democracia petrolera" o "democracia saudita", popularizados en los últimos años, muestran la íntima relación de este aspecto con el anterior. Se trata de una democracia multimillonaria pero ineficiente, que abusa de las promesas y de la retórica oficial y electoral y que, consecuentemente, pierde credibilidad día a día ante la opinión pública del país. Se trata además —para colmo— de una democracia que exhibe en muchas de sus instituciones y dirigentes (en versión modernizada y más discreta, por supuesto) estructuras y actitudes que corresponden a algunas de las peores lacras del gomecismo, como el peculado y el machismo, el caudillismo (ahora de tipo partidista o empresarial) y el compadrazgo.

Este descontento no significa, a mi manera de ver, una negación de la democracia como sistema, sino un rechazo a la manera como ha sido y está siendo aplicada por los partidos que se han turnado en el poder después de 1958. El desprestigio de esta praxis democrática concreta abona el terreno para la aceptación de una versión "adecuada" del gomecismo como la que nos presentan algunas de las expresiones culturales a que nos hemos referido. Gómez y el gomecismo adquieren así connotación política actualísima. Porque aceptar a Gómez, tratar con sospechosa insistencia de explicarlo o reivindicarlo, significa aceptar la vía autoritaria.

Esta parece ser la alternativa que algunos sectores más conservadores intentan presentar como exclusiva ante la crisis del país: un gobierno fuerte, un régimen militar autoritario al que se accedería por los canales electorales.

Hoy, la prensa venezolana es el escenario de una polémica sobre la viabilidad jurídica y política de un "partido de los militares". Este nuevo frente político estaría integrado por los militares

en situación de retiro y respaldado por los partidarios de un gobierno de mano dura. Si bien de acuerdo a la ley venezolana los integrantes de las Fuerzas Armadas deben inhibirse de la acción política, cuando son pasados a retiro recuperan sus derechos a este respecto. Un candidato militar a la presidencia de la República según esta óptica, estaría apoyado por el prestigio de su carrera en las Fuerzas Armadas, prestigio que asocia —automática y hasta exclusivamente— al oficial de alta jerarquía con virtudes y valores atribuidos a la institución militar, como disciplina, honestidad moral y administrativa, autoridad y don de mando, excelente preparación académica; respeto por el orden y garantía de la seguridad.

Los venezolanos tenemos razones para echar de menos todas estas virtudes y valores después de la reciente experiencia democrática. Ahora bien, sin cuestionar o negar los derechos políticos de los militares retirados, pienso que es extremadamente peligroso aceptar la explotación de cualidades atribuidas a la institución armada en el lanzamiento de una propuesta política de corte autoritario.

4. Es a través del conjunto de factores hasta aquí esbozados que puede, en mi opinión, comprenderse la presencia de Juan Vicente Gómez en la actualidad venezolana. Como se ha visto, la discusión sobre su figura no tiene un valor puramente anecdótico o académico. Cuando —en cualquiera de las claves mencionadas más arriba— se evalúa las posiciones políticas del gomecismo; cuando se intenta condenar, explicar, justificar o reevaluar la figura del dictador andino, se está aludiendo directamente al presente venezolano. Y se está esbozando también en muchos casos un proyecto político para nuestro futuro.

En 1919, Laureano Vallenilla Lanz aunaba su voz a la de otros positivistas venezolanos para plantear la doctrina del "gendarme necesario", en un esfuerzo por explicar y justificar la existencia y perpetuación de la dictadura gomecista (23). Esta propuesta, formulada como ensayo sociológico, ha corrido con buena fortuna, encontrando periódicamente eco en diversas manifestaciones culturales. Así como en 1937 era plasmada en la ficción narrativa por Ramón David León, en estos últimos años vuelve a proyectarse en nuestro medio a través de diversos vehículos culturales.

Además de los ya mencionados, baste para ejemplo el botón de **Oficio de**

difuntos, de Uslar-Pietri. Valiéndose, entre otros recursos narrativos y estilísticos, del emplazamiento predominante de la perspectiva de narración en el ángulo del tirano y su camarilla, la obra logra proyectar una imagen no sólo ineludible y determinante, impuesta por la

naturaleza de la realidad social, sino también simpática, positiva y favorable del dictador.

Si bien no hay razón para pensar que se trate de una campaña programática de exaltación del gomecismo, esta tendencia hacia la explicación, acepta-

ción (24) y rehabilitación de Gómez no resulta, como hemos intentado mostrar, inocua para nuestro presente y futuro políticos. Esa imagen del Supergómez simpático pero firme que ataca de nuevo puede llegar a encarnar el símbolo apetezible de un autoritarismo indigesto.

1. **El hombre misterioso de Macarigua** —selección noticiosa de Gil Mires— Caracas. Ediciones Garrido. Octubre de 1937. 58 pp. Véase mi trabajo: "Juan Vicente Gómez resurrecto", *El Nacional* (Caracas) 26 de febrero de 1981, p. C-22.
2. León continúa sosteniendo esa misma posición hasta el final de su vida, cuando publica un nuevo alegato defensivo titulado **El brujo de la Mulera** (Caracas. Fondo Editorial Común. 1976).
3. Coinciden en estos primeros años después de la muerte del tirano varias novelas y testimonios novelados sobre la represión, la cárcel y la tortura aplicadas por el régimen de Gómez. Entre ellas se destacan: **Fiebre**, de Miguel Otero Silva (1936), **La carretera**, de Nelson Himiob (1937) y **Puros Hombres**, de Antonio Arraiz (1938).
4. Además de las ya citadas, pueden mencionarse: **Judas Capitolino** (192), **La máscara heroica** (1915), **La mitra en la mano** (1927) y **La bella y la fiera** (1931), de Rufino Blanco Fombona; **Odisea de tierra firme** (1931), de Mariano Picón Salas; **Mi compadre** (1934), del colombiano Fernando González; **Memorias de un venezolano de la decadencia** (1936), de José Rafael Pocaterra; **Todos iban desorientados** (1941), de Antonio Arraiz; **En la prisión** (1952), de Pedro N. Pereira; **A la media noche en la plaza del Panteón** (1960), de Alejandro García Maldonado; **Domingo de resurrección** (1966), de Domingo Alberto Rangel y **Los andinos** (1968), de Ciro Sánchez Pacheco.
5. Caracas. Tipografía "La Bodoniana". 1970.
6. Caracas. Librería Piñango. 1972.
7. Caracas. Editorial Fuentes. 1974.
8. Valencia (Venezuela). Editorial Fuentes. 1975 y 1981, respectivamente.
9. Barcelona (España). Editorial Pomaire. 1978. (1a. ed.: 1975).
10. Barcelona (España). Editorial Seix Barral. 1976.
11. Caracas. El Cid Editor. 1977 (2 volúmenes).
12. Bogotá. Editorial Cosmos. 1979.
13. Caracas. Ediciones Centauro. 1979.
14. Entre éstas, pueden mencionarse las reediciones de **Fiebre**, corregida por el autor y suplementada por entrevistas a 28 participantes en los sucesos estudiantiles de 1928, en lo que la novela se ubica referencialmente (Caracas. Editorial Tiempo Nuevo. 1971); **Memorias de un venezolano de la decadencia** (Caracas. Monte Avila Editores. 1979); **Mi compadre** (Caracas. Editores Ateneo de Caracas, 1980); **Juan Vicente Gómez, un fenómeno telúrico**, de José Pareja y Paz-Soldán (peruano), que se había publicado por primera vez en 1951 (Caracas. Ediciones Centauro. 1973); **Gómez, patriarca del crimen** —el terror y el trabajo forzado en Venezuela— del salvadoreño Carlos M. Flores, publicada por primera vez en 1933 (Caracas. Editorial Ateneo de Caracas 1980) y **En las huellas de la pezuña**, panfleto de Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva, prologado por José Rafael Pocaterra y publicado en el exilio de Santo Domingo en 1929 (En; Arturo Sosa y Eloy Lengrand. **Del garibaldismo estudiantil a la izquierda criolla** — los orígenes marxistas del proyecto de A.D. — Caracas. Ediciones Centauro. 1981, pp.303-454).
15. Entre otros trabajos recientes, podrían citarse **Gómez y las fuerzas vivas**, de Luis Cordero Velásquez (Caracas. Editorial Lumego. 1971); **La filosofía política del gomecismo**, de Arturo Sosa A. (Barquisimeto. Centro Gumilla. 1974); **El cachorro Juan Vicente Gómez**, de Rafael Gallegos Ortiz (Caracas. Editorial Fuentes. 1976); **Positivismo y Gomecismo**, de Elías Pino Iturrieta (Caracas. Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela. 1978); **Los años de la ira**, de Mario Torrealba Lossi (Caracas. Editorial del Ateneo de Caracas. 1978); **El gomecismo y la formación del ejército venezolano**, de Angel Ziemis (Caracas. Editorial del Ateneo de Caracas, 1978); **La sublevación militar del 7 de abril de 1929**, de Rafael Ramón Castellanos (Caracas. Italgáfica. 1978) y **Del garibaldismo estudiantil a la izquierda criolla**, de A. Sosa y E. Lengrand, ya citado en la nota anterior.
16. Véanse las declaraciones del actor en una reciente entrevista realizada con motivo de la adjudicación del Premio Nacional de Teatro (*El Nacional* 21 de junio de 1981, p. C-26). En esta entrevista, Briceño anuncia que el equipo creador de la teleserie prepara un montaje teatral sobre el mismo tema. Cuando Briceño, personificando a Gómez, pronuncia un discurso de orden en la concurrencia "Cátedra del Humor" de la Universidad Central, los atronadores aplausos de una repleta Aula Magna son una muestra más de esa ambigüedad de que estamos hablando. Porque, ¿Se aplaudió allí al actor y a sus méritos, o se aplaudió al personaje que Briceño ha vuelto simpático y jocosos? Importa aquí señalar, como lo ha hecho Elías Pino Iturrieta "Yo, Gómez: Aproximación a la telenovela en Venezuela": **Papel Literario de El Nacional**. Caracas, 12 de julio de 1981; el riesgo de esta ambigua relación de amor/odio con el dictador, en especial para las generaciones más jóvenes, que en muchos casos encuentran en la telenovela la única imagen asequible de Gómez.
17. El caso de la revista **Momento** (No.1. 223. 1o. de junio de 1981) es elocuente: llena la imensa portada con la clásica foto sería del dictador en pose de Benemérito y anuncia en grandes títulos: "NOS ACECHA EL FANTASMA DE GOMEZ". El incauto que adquiere su ejemplar, seducido por el dramático título, queda sin duda defraudado al encontrarse únicamente en las páginas interiores con siete mini-entrevistas a otros tantos políticos que no llega a ocupar en total media página. Para colmo, no hay correspondencia alguna entre el escandaloso titular y las respuestas de los entrevistados. Doblemente sintomático este caso: muestra al tiempo la explotación comercial a que está siendo sometido el tema de Gómez y el reconocimiento de una supuesta expectativa popular (temor o ansiedad) hacia un modelo de gobierno autoritario.
18. Para confrontar dos posiciones extremas, véase, entre una multitud de otros textos: Jean Nouel: "Los tiempos de Gómez" (**Suplemento Cultural**
18. Para confrontar dos posiciones extremas, véase, entre una multitud de otros textos: Jean Nouel: "Los tiempos de Gómez" (**Suplemento Cultural de Últimas Noticias** NO.668. 4 de enero de 1980, pp. 15-16) y Carlos Rangel: "Anverso y reverso de un mito" (*El Universal*). 27 de octubre de 1980, 4o. Cuerpo, p.1). Como un análisis periodístico de "la moda Gómez", véase: Roberto Hernández Montoya: "Hasta cuándo Gómez" (*El Nacional*. Cuerpo "E". 12 de octubre de 1980, p.4).
19. Especialmente en su **Tratado de Semiótica General** (Barcelona y México. Edición conjunta y de Lumen y Nueva Imagen. 1977).
20. Especialmente en **La Revolución Teórica de Marx** (México, Siglo XXI. 1977) y **Para leer el Capital** (México. Siglo XXI. 1969).
21. "Notes towards a theory of the Referent": **PMLA (Publications of the Modern Language Association of America)**, vol. 94. No.3. Mayo de 1979, pp.459-475. Mi versión española de este enriquecedor ensayo aparecerá próximamente en la revista **ECO** (Bogotá).
22. Me refiero especialmente a la casi coincidente publicación, entre 1974 y 1975, de **El recurso del método**, de Alejo Carpentier, **Yo el Supremo**, de Augusto Roa Bastos y **El otoño del Patriarca**, de Gabriel García Márquez, tres obras habitualmente consideradas en relación por parte de la crítica y que constituyen, a mi manera de ver, el meollo de un movimiento mucho más vasto de renovada atención entre los narradores hispanoamericanos hacia la temática del dictador y la dictadura.
23. Cf. **Cesarismo democrático**. Caracas. Tipografía Garrido. 1961. (1a. ed.: 1919).
24. En 1948, Uslar-Pietri, haciendo una presentación crítica de las argumentaciones positivistas del tipo Vallenilla Lanz, escribía unas palabras que ahora podría aplicarse legítimamente a sí mismo y a otros "explicadores" del gomecismo: "De la explicación a la aceptación —decía— no hay sino un paso". "El despertar positivista": **Letras y hombres de Venezuela**. Caracas/Madrid. Editorial Mediterráneo/EDIME. 1978. p.241.